

CAPITULO XXIII.

CONCLUSION.

Toda la Europa parece hallarse dispuesta á adoptar el sistema de las monarquías moderadas: la Francia que fue la primera á dar ese impulso general, no puede menos de seguir el movimiento. Agrúpese, pues, la nación en torno del gobierno. El amor al monarca, á la patria, y el afecto á la Constitución, sean el único emblema de la bandera nacional.

Gracias al rey, y solo al rey, la Francia de Luis XIV ha podido conservarse en toda su integridad. Vauhan supo establecer los límites de esta nación mucho mejor que los demarcados por los ríos y las montañas. La extensión natural de un imperio no está, por mas que algunos digan, determinada por los accidentes geográficos, sino por la conformidad de costumbres é idiomas: los límites de la Francia concuyen allí donde no se habla francés. Aquellos ciudadanos de Hamburgo y de Roma que al hablar en el Senado corrompian el idioma de la Francia; que no tenían ni podían tener mas que odio y enemistad contra esta nación, habrían por último ocasionado su ruina como pueblo, así como los galos y las demás naciones subyugadas destruyeron la patria de Ciceron al tomar asiento en el Senado romano. La Francia es lo que era: un millón de soldados se halla dispuesto en caso necesario á defender á unos cuantos millones de labradores: el suelo del país, semejante á una madre previsora, multiplica sus tesoros y beneficios en proporcion mucho mas alta que la que necesitan sus hijos. Cuatrocientos mil extranjeros, sin contar con los ejércitos nacionales, han asolado sus provincias, y de allí á dos meses hubo que conceder la libre exportación de cereales. ¿Qué le falta á ese antiguo reino de Clodoveo, cuya fuerza y poder fue alabada por el mismo Gregorio el Grande? Tiene hierro, tiene bosques y cosechas: su sol madura los vinos de todos los países: las costas del Mediterráneo le suministran aceite y seda, y las del Océano pastos para rebaños. Marsella que ya no está, como en tiempos de Ciceron, combatida por las oleadas de la barbarie, atrae el comercio del mundo antiguo, en tanto que sus puertos en el otro mar reciben las riquezas del nuevo. A cada paso se encuentran en este país monumentos de los tres grandes pueblos galos, romanos y franceses. Diósele antiguamente el dictado de madre de los reyes, porque casi todos los tronos de Europa y hasta algunos del fondo de Asia estaban ocupados por hijos suyos. Su gloria que nunca llegará á marchitarse, irá creciendo en el porvenir. Transformados por nuevas leyes los franceses se encaminan á nuevos destinos, y hasta tienen una ventaja sobre los pueblos que les han precedido en la carrera que ahora emprenden, y es la de que habiendo estos envejecido, aquellos la acometen con toda la lozanía de la juventud.

Acostumbrados á los grandes movimientos desde hace tantos siglos reemplazan los franceses el calor de las discordias y el afán de las conquistas por la afición á las artes y por los gloriosos trabajos del ingenio. No necesitan extender ávidas miradas al exterior, sino fijarlas en su hermosa patria y exclamar con Virgilio:

¡Salve, magna parens frugum....
Magna virum!

¿Por qué no se ha de hablar con franqueza? Ciertamente que la nación ha perdido mucho con las revoluciones: pero ¿no habrá ganado algo? ¿No se deben contar por nada veinte años de victorias? ¿No valen algo tantas acciones heroicas, tantas abnegaciones generosas? ¿No hay todavía entre los franceses ojos que derraman lágrimas de ternura, corazones que palpitan solo al oír el nombre de la patria?

sentación de las dos cámaras, con el derecho de petición, con el anulamiento de la confiscación, con la seguridad de las propiedades, con la independencia personal y con la garantía contra los golpes de estado, cualquiera que tal creyese, volvemos á decir, daría prueba de no haber tenido nunca buena fe en sus opiniones, y por lo tanto nunca sería digno de ser libre.

CAPITULO XXII.

EL TRONO ENCUENTRA SU SEGURIDAD Y ESPLENDOR EN LA CONSTITUCION.

Por lo tocante al rey, ¿tendrá mas latitud su autoridad segun los antiguos reglamentos que por la Constitución que nos ha dado? Desde un extremo al otro de la nación, en virtud de una ley aprobada por ambas cámaras, quedan á su disposición nuestra vida, nuestros hijos y nuestras fortunas. Hable en nombre de la ley, y todos correremos á sacrificarnos por él. ¿Tendrá que sufrir aquellas eternas representaciones, alguna vez justas, pero con mas frecuencia faltas de consideración, así que sea preciso imponer la mas insignificante contribucion? ¿Tropezará en todas las provincias, en cada ciudad, en cada aldea con fueros, con costumbres, con corporaciones que le disputen sus derechos legítimos, y quiten al gobierno la unidad de acción y la rapidez de la marcha? La autoridad regia escudada con ambas cámaras es inatacable, y la fuerza que de ella dimana, irresistible. Las tempestades estallan sobre los ministros; la paz, el respeto y el amor viven estacionados en el trono. Si se siente impelido hacia la gloria de las armas, no tiene mas que hablar y encontrará ejércitos dispuestos á seguirle. Si le agradan las artes y el talento, nada es mas á propósito para desarrollarlas que el gobierno representativo; si le placen las ideas políticas, si se siente inclinado á perfeccionar las instituciones de la patria. ¡Ah! ¡cuántos elementos se adunarán para halagar esa inclinacion verdaderamente regia! ¿Por qué razon habrán de ser los Borbones enemigos de todo cambio en el sistema político? El que acaba de terminar su carrera ¿había existido siempre? La monarquía ha cambiado de forma de siglo en siglo.

La raza augusta é inmortal de los Capetos ha visto inmóvil sobre el trono pasar á sus piés las generaciones, revoluciones y costumbres de la Francia; y ha sobrevivido á los golpes que brazos parricidas han descargado sobre ella algunas veces, sin dejar por eso de acoger en su seno á sus hijos ingratos. A esa sagrada familia es deudora la nación de todo cuanto tiene: ella existía, por decirlo así, antes que nosotros, y es tan francesa como la Francia misma. En tiempo de las dos primeras razas, todo era romano y tudesco, gobierno, costumbres é idioma. La tercera raza abolió la esclavitud, instituyó la representación nacional por medio de las tres categorías sociales, los parlamentos ó salas de justicia, compuso el código, estableció los ejércitos regulares, fundó colonias, construyó fortalezas, abrió canales, ensanchó y adornó las ciudades, levantó monumentos, y creó hasta el idioma que hablan Duguesclin y Turena, Ville-Hardouin y Bossuet, Alain Chartier y Racine. Luis XVIII al frente de las dos cámaras nos pondrá en un estado dichoso y floreciente, así como sus antepasados nos adquirieron el poder con los Estados generales. El rey encontrará en sí mismo elementos de grandeza que comunicar á los nuevos destinos de la nación. La monarquía renace de sus propias raíces como un lirio que ha perdido sus tallos en la estación de las tempestades, surge de nuevo del seno de la tierra al primer día sereno de la primavera: *ex omnibus floribus orbis elegisti tibi libium tenum* (1).

(1) Esb.

Si la multitud se ha corrompido, como siempre sucede en las guerras civiles, también puede decirse que en la alta sociedad se han purificado las costumbres, y las virtudes domésticas se han hecho mas familiares, así como el carácter francés ha ganado también en fuerza y gravedad. Ciertamente es que no ha perdido su frivolidad, pero ha adquirido mas naturalidad y sencillez; cada cual se parece mas á sí mismo y mucho menos á su vecino. La juventud educada en los campamentos presenta algo de viril y original que en otros tiempos no tenía. La religión no es ya en los que se han dedicado á su ejercicio un acto de costumbre, sino el resultado de una íntima convicción; la moral, que ha sobrevivido en los corazones, no es ya fruto de una instruccion doméstica, sino enseñanza de una razon ilustrada. Los intereses de mas alta consideración han ocupado las imaginaciones: el mundo entero ha pasado ante los ojos de la Francia. Diferente cosa es defender su vida, ver derrocar y levantarse tronos, ó no tener mas ocupacion que una intriga de camarilla, una cacería en el bosque de Boulogne, ó una novedad literaria. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero en el fondo ¿dejaremos de conocer que el carácter francés ha adquirido mucha mas virilidad que la que tenía hace treinta ó cuarenta años? Por otro lado, ¿por qué se ha de ocultar que las ciencias exactas, la agricultura y los artefactos han hecho inmensos progresos? No desconocemos los cambios realizados en provecho de la Francia: ¿demasiado caros le han costado! Cesemos, pues, de calumniar á la nación diciendo que no son á propósito sus hijos para tratar asuntos de la libertad: siendo así que todo lo entienden, para todo son á propósito, y todo lo comprenden. Manifestándole consideración y confianza, esta nación se elevará á todas las alturas del mérito. ¿No ha dado en momentos de prueba muestras bastantes de todo lo que puede ser? Siéntase orgulloso el hijo de Francia al verse libre y gobernado por un rey salido de su propia sangre. Dé en estos momentos ejemplo de orden y de justicia, así como en otros tiempos ha sabido darlos de gloria: respete á las demás naciones sin dejar de respetarse á sí mismo. Algun provecho puede sacarse de las revoluciones y las desgracias, no desentendiéndose de las lecciones de la fortuna: los furiosos de la Liga salvaron la religion; los estraviados en que la nación cayó últimamente, la habrán amaestrado á sostenerse en un estado político digno de los sacrificios que para conseguirlo, ha consumado.

Reúnanse todos los hombres de intencion sana para predicar una doctrina saludable, para crear un centro de opinion de donde se irradien todos los movimientos. Las cámaras deben unirse estrechamente al rey á fin de que este pueda ejecutar libremente los proyectos que en provecho de su pueblo está meditando. Haya lealtad en los ministros, reine la buena fe por todas partes, y la salvacion de la patria queda enteramente asegurada. Respeto y veneracion al soberano, libertad para las instituciones, honor en el ejército y amor á la patria; hé aquí las opiniones que todo buen ciudadano debe profesar. Fuera de ese centro todo son quimeras, pesares intempestivos, melancólicos caprichos y penosas recriminaciones; y adviértase que á pesar de todas las atrabiliarias disputas que puedan suscitarse, la fuerza del siglo nos hará, mal que nos pese, seguir esa misma senda de que ahora queremos separarnos. Así lo acredita el ejemplo: hace veinte y seis años que principió la revolucion. Solo una idea ha sobrevivido á todas las demás, la idea que fue causa y principio de esta revolucion, la idea de un orden político que proteja los derechos del pueblo sin lastimar los de los soberanos. ¿Habrá alguno que crea que lo que ni los furiosos revolucionarios, ni las violencias del despotismo pudieron destruir, pueda destruirse en estos momentos? La Convencion nos curó

para siempre de tendencias al republicanismo; y Bonaparte tomó por su cuenta el curarnos radicalmente de afición al poder absoluto. Estas dos lecciones nos han hecho conocer que una monarquía limitada como la que se debe á Luis XVIII, es el gobierno que mas conviene al decoro y la felicidad de la Francia.

INFORME

ACERCA DEL ESTADO DE LA FRANCIA EN 12 DE MAYO DE 1815, PRESENTADO AL REY EN SU CONSEJO DE GANTE (1).

SEÑOR:

Acaba de suceder la única desgracia que amenazaba á la Europa despues de tantas calamidades. Los soberanos, augustos aliados vuestros, creyeron que impunemente podian emplear su magnanimidad para con un hombre que no conoce ni el valor de una conducta generosa, ni la religion de los tratados. Error ha sido este de aquellos que dependen de la nobleza de carácter. Un alma elevada y recta apenas puede formarse idea de la maldad y el artificio; el salvador de Paris no podia entender á fondo al destructor de Moscou.

Bonaparte, colocado por una extraña fatalidad entre las costas de Francia é Italia se ha dejado caer como Genserico sobre el sitio á donde le llamaba la cólera de Dios. Como esperanza de todo el que habia cometido ó meditaba cometer un crimen, apareció, por último, y puso en acción su proyecto. Hombres abrumados con vuestros beneficios, con el seno cubierto de los distintivos que les habeis concedido, besaron por la mañana la mano del monarca á quien iban á vender por la noche. Vasallos traidores, indignos franceses, desleales caballeros, cuando aun resonaba en sus labios el juramento de fidelidad que acababan de hacer, iban con la flor de lis en el pecho, á jurar, por decirlo así, el perjurio al que tampoco vacilaba en declararse á sí mismo traidor, rebelde y desleal.

Por lo demás, señor, el último triunfo que corona y pone término á la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso: no llega á ser una revolucion verdadera, nada mas es que una efimera invasion. Ningun cambio real ha producido en Francia: las opiniones siguen siendo las mismas que eran. Tampoco es el re-

(1) Cuando llegamos de Gante tuvimos ocasion de oír á algunas personas que á pesar de ser muy buenos realistas, se habian dejado sorprender y trataban de justificar su entusiasmo hacia un personaje demasiado célebre, diciendo: No sabeis los favores que nos ha hecho; no os habeis hallado aquí durante los cien dias; no habeis conocido el espíritu de la Francia, etc., etc.

Extraño es suponer que unos hombres que habian pasado muchos años en Francia bajo el reinado de Bonaparte; que no se habian ausentado mas que por el término de tres meses; que durante este periodo habian vivido á pocas leguas de la frontera; que todos los dias habian recibido noticias de Paris públicas ó confidenciales con solas veinte y algunas veces diez y seis horas de retraso; que estaban en el centro de los ejércitos y de la diplomacia europea, es decir, en el centro de todas las inteligencias y relaciones; que á cada momento veian llegar cerca del rey franceses de la capital y de las provincias; es bien extraño, vuelvo á decir, suponer que para tales hombres la Francia debía ser un país totalmente desconocido. Por lo cual, si se lee con alguna atencion este informe, no podrá menos de verse que no nos hallábamos los que habitábamos en Gante tan mal instruidos de lo que sucedía en Paris; que habíamos previsto el desenlace de aquella breve tragedia, y que tal vez juzgábamos de las maquinaciones y estado de los partidos mejor que el que se hallaba colocado mas cerca del teatro.

sultado inevitable de un largo encadenamiento de causas y de efectos. El rey se ha retirado por un momento: la monarquía subsiste en su integridad. La nación con sus lágrimas y sus pesares ha demostrado que se separaba del poder armado que le imponía leyes.

Estos repentinos trastornos son asaz comunes en todos los pueblos que han tenido la espantosa desgracia de caer en manos del despotismo militar. Llenas están de ellos la historia del Bajo imperio, la del imperio otomano, la del Egipto moderno, y la de las regencias de Berbería. A cada momento en el Cairo,



UN INGLÉS VENDIENDO A SU MUJER.

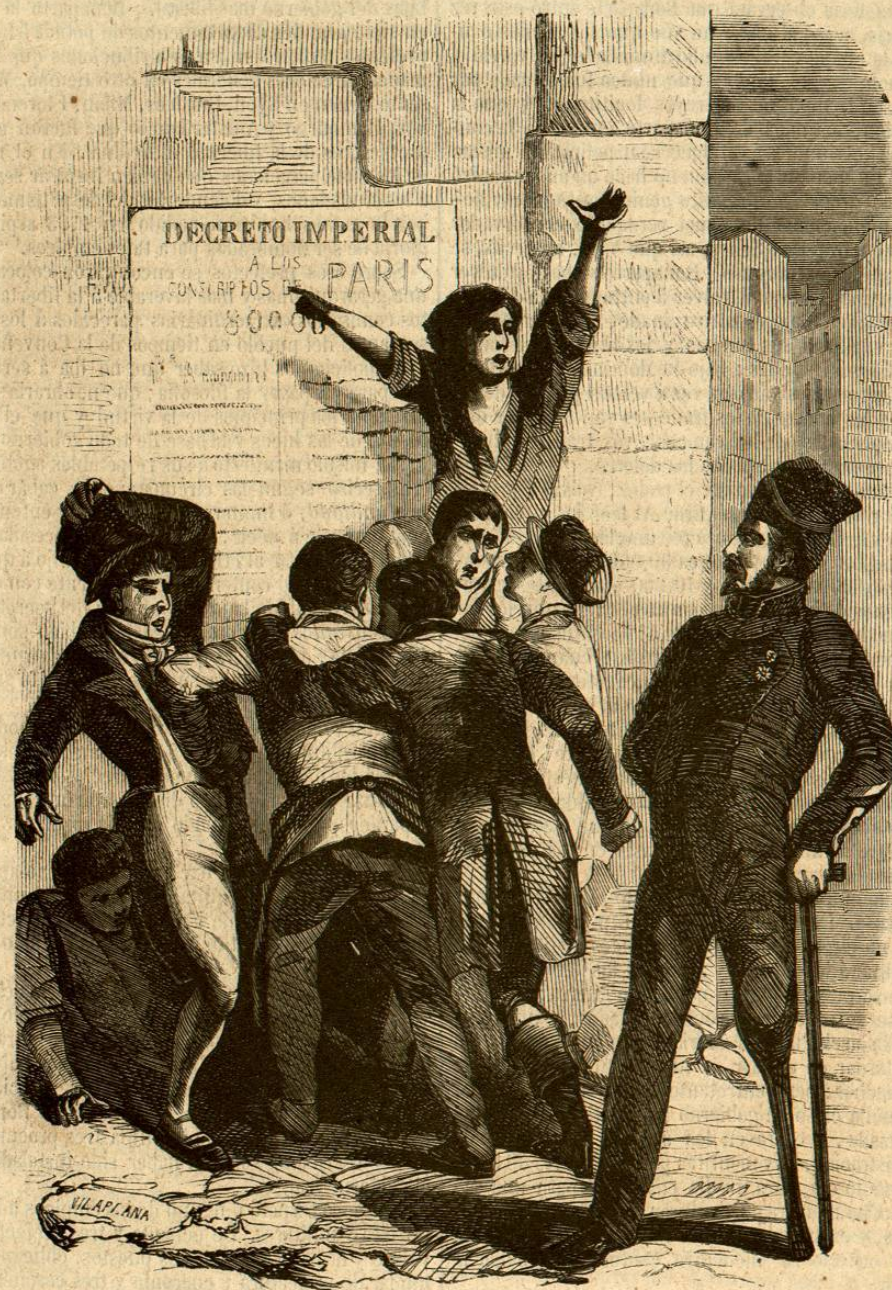
en Túnez y en Alejandría ocurre que un rey proscripto trata de restaurar su fortuna en las fronteras del desierto. Para el buen éxito de su empresa no necesita de un valor extraordinario, ni de profundas combinaciones, ni de elevados talentos: puede ser el

mas común de los hombres con tal que sea el peor de todos. Estimuladas por la esperanza del botín se declaran en favor suyo algunas hordas armadas: el pueblo consternado tiembla, considera, llora y enmudece: un puñado de hombres armados se hacen res-

petar de la multitud indefensa. El déspota avanza entre el rumor de las cadenas, entra en la capital de su estado, triunfa y muere.

Hace ya largo tiempo, Señor, que el cielo os está probando, porque quiere que seais un monarca completo. Vuestras regias virtudes, si es que se hallaban

aun faltas de algun requisito, reciben hoy bajo la mano del mismo Dios su última perfeccion. En todos los países donde habeis sustentado la duplicada majestad del trono y del infortunio, olvidándoos de vuestras propias desgracias, solo habeis fijado vuestro pensamiento en las del pueblo. Con la vista elevada



DECRETOS DE QUINTAS EN TIEMPO DEL IMPERIO.

en esa Francia, cuyas fronteras estais casi viendo, cuyos males quereis conocer para remediarlos, me mandais que os presente el cuadro del estado político y de las disposiciones morales de la nación. Voy por lo tanto, Señor, á someter á vuestras luces una serie de hechos y de reflexiones.

Hablaré sin rodeos: Vuestra Majestad cuya vista alcanza á todo, sabrá comprenderme.

§ 1. Actas y decretos para el interior.

Bonaparte llegó á París el 20 de marzo por la tarde;

el robador de las libertades patrias, se introdujo en el palacio de los reyes de Francia al extenderse las tinieblas de la noche, el triunfador, *conducido en brazos de sus pueblos*, invadió el palacio de las Tullerías penetrando por una puerta falsa. ¡Tanta es la confianza que tenía en el amor de sus vasallos! El terror y la superstición acompañaron sus pasos al cruzar aquellos salones por segunda vez abandonados, después de haber vuelto a ver a la hija de Luis XVI.

La historia observará que Bonaparte entró esta vez en París, acaso al hacer un año que los aliados ocuparon la ciudad. Su orgullo humillado le volvió a conducir a esta capital que nunca fue tomada por fuerza en tiempo de los reyes legítimos, y que la ambición castigada de Bonaparte entregó a la conquista: volvió pues a establecer su policía allí mismo donde un general ruso aun no hace un año organizó la suya: gracias a este vasto genio, a esas maravillosas combinaciones de aquel verdadero conservador del honor francés! Señor, así que V. M. apareció, se retiraron los extranjeros: Bonaparte se ha dejado ver y los extranjeros van a volver a entrar en esta desgraciada nación. Bajo vuestro reinado, los muertos fueron devueltos a sus tumbas y los hijos volvieron al seno de sus familias: bajo la dominación de Bonaparte, las madres van otra vez a verse separadas de sus hijos, y los huesos de los franceses van a quedar otra vez dispersados por los campos: vos trajisteis todos los consuelos; él trae todos los dolores.

Apenas volvió a usurpar el poder, volvió a principiar el reinado de la mentira. Al leer los periódicos del 20 y del 21 de marzo, cree uno leer la historia de dos pueblos. En los primeros 30,000 guardias nacionales, 3,000 voluntarios y 10,000 estudiantes gritaban llenos de indignación contra el tirano; en los segundos, bendecían su presencia! El entusiasmo, según dicen, acompañaba su tránsito; cuando es cosa sabida que solo el silencio de la consternación y del terror le salieron por donde quiera al encuentro. Señor entonces era mas real y mas interesante vuestro triunfo, porque era el triunfo de un padre! Las bendiciones de los pueblos acompañaban vuestros pasos, y vuestro corazón se halla aun enternecido con aquellos últimos gritos de ¡*viva el rey!* que oísteis resonar entre gemidos y sollozos hasta en las postreras cabañas de Francia!

Desde entonces cada día ha visto el aborto de una impostura. Desde luego tuvieron por conveniente poner en circulación algunas audaces mentiras para desalentar a los buenos y animar a los perversos. Así es que se publicó que ya no habría guerra; que Bonaparte se entendería con los aliados, y que iba a llegar la archiduquesa María Luisa con su hijo. No podía tardar en quedar de manifiesto la falsedad de tales hechos; pero entretanto iban ganando tiempo. En aquella clase de gobierno la mentira es una cosa organizada, y entra en los asuntos como medio de administración. Hay mentiras para un cuarto de hora, para medio día, para un día entero, y para una semana. Una mentira puede durar hasta la propalación de otra, y en tal laberinto de imposturas la mente de mejor criterio se encuentra confusa para hallar la verdad.

Desde luego salieron a luz proclamas entregando al olvido cuanto se hubiese escrito ó dicho bajo el gobierno real. Las personas fueron declaradas libres, la nación libre, la imprenta libre: no se quería mas que paz, independencia y felicidad del pueblo. Todo el sistema imperial ha cambiado: la edad de oro va a renacer. Bonaparte será el Saturno de nuevo siglo de inocencia y prosperidad; un Saturno que no se comerá sus hijos como el de la fábula. Veamos si la práctica ha correspondido a la teoría.

En el *Campo de Mayo* es en donde la nación va a ser regenerada: allí se repartirán las águilas a las le-

giones, y se coronará (verosimilmente por contumaz) al heredero del imperio, y allí finalmente se hará el escrutinio de los votos en pro ó en contra del Acta adicional a las constituciones. No me olvidaré de indicar, al fin de este informe, cual será verosimilmente el objeto real de esta grande asamblea.

En tanto que llegaba la aceptación de la Acta adicional que ha de volver a dar su independencia al pueblo francés, la nación empezó a disfrutar las ventajas del gobierno mas liberal. Bonaparte la dividió en siete grandes departamentos de policía! Los siete prefectos tenían las mismas atribuciones que los llamados directores generales en otro tiempo. Muy presente tienen en Lyon, Burdeos, Milan, Florencia, Lisboa, Hamburgo y Amsterdam lo que fueron aquellos protectores de la libertad individual. En el número de los siete personajes que debían inspirar seguridad a los ciudadanos, y defenderlos del despotismo cuatro por lo menos hubieran podido, en 1793 aspirar a la gloria de ser nombrados para tales empleos.

Sobre esos prefectos se encontraron colocados en una gerarquía mas y mas favorable a la libertad ciertos comisarios extraordinarios parecidos a los representantes del pueblo en tiempos de la Convención.

La policía nos hizo saber que no iba a servir mas que para propagar la filosofía; que no obraría sino con arreglo a los principios de la virtud y que ella era la fuente de las luces y la base de todo gobierno libre.

Así mismo manifestó a sus respetables agentes que era preciso según las circunstancias, *cabar a gran profundidad*, ó limitarse a saber oír, y entender; lo cual equivale a decir, que según la necesidad convendría sobornar al criado ó invitar el hijo a que venda a su padre, ó contentarse únicamente con decir lo que se haya sabido bajo la confianza del secreto.

Los asuntos religiosos quedan tambien sometidos a la policía, de manera que la conciencia que anteriormente no dependía sino de Dios en lo sucesivo tendrá que obedecer a un espía.

Según el poder constitucional de V. M. podían los ministros, durante el año 1813, separar de los tribunales a los magistrados que no pareciesen gozar de la confianza pública. Ocho ó diez fueron únicamente los separados, y todo el mundo sabe la razón por qué lo fueron.

¡*Qué arbitrariedad!* exclamó el gobierno actual de Francia, y en el acto quita de su puesto a una multitud de magistrados de irreprochable conducta, distinguidos por su ilustración y ajenos de todo movimiento político.

Otro acto aun mas violento se habia propuesto llevar a cabo; pero tuvo que desistir del empeño al verse contrariado por la opinión. Siendo de pura forma el acto que instituye los escribanos jamás habia sido anulado por ninguno de los gobiernos revolucionarios que se han ido sucediendo, y sin embargo Bonaparte quiso anular un acto que institua tres procuradores y ocho escribanos solo por haber sido instalados bajo el gobierno real.

Tampoco respetó ninguno de los empleos administrativos y militares. De ochenta y tres prefectos solo veinte y dos quedaron en sus puestos, obligándoles a mudar de prefectura: cuarenta y tres coroneles fueron destituidos al mismo tiempo.

Esta completa libertad que emana de la policía, como de su natural origen: este respeto a las leyes, a los hombres y a las cosas nació de la libertad de imprenta; pues quedó abolida la censura y la dirección. Verdad es que si la prensa estaba libre, Vincennes tenia abiertas sus puertas, y que como medida de seguridad quedaron provisionalmente los periódicos y los libros en manos del señor duque de Otranto.

La generosa censura que los ministros de Bonaparte se atreven a echar en cara a vuestro ministerio fue mas bien establecida por ellos que por nosotros: el

público se hallaba forzado a no desplegar sus labios sobre lo pasado, y en tiempo del rey no se hablaba por lo menos de ciertos hombres mas que con el tono de la imparcialidad y únicamente para rechazar quizás sus imprudentes ataques.

Bonaparte trató de procurarse otra ventaja por medio de la abolición del impuesto llamado *ejercicio*, esa gran dificultad de la contribución sobre las bebidas. Por de pronto, si los derechos reunidos eran odiosos, ¿quién los habia establecido? ¿No era Bonaparte? Luego no hizo mas que alterar su propia obra; mas para que la abolición tenga efecto aun hay que esperar al 1.º de junio de este año. Bonaparte contando con su buena fortuna cree sin duda que antes de esta época vendrá algun acontecimiento en ayuda suya. Escusado es preguntarle con qué derecho el jefe de un pueblo libre se atreve a tocar el presupuesto, ni indicar otro modo de recaudación que el que estaba mandado por la ley: Bonaparte no contesta a estas preguntas: él lo sabe y esto basta: según las exigencias de su policía él siempre es dueño de suprimir, ó hacer que suprima una contribución bastante desagradable para el pueblo. Si se ve apremiado por los sucesos, ¿no tiene en su mano el gran recurso de no pagar las deudas? El tesoro debe estar siempre bastante provisto cuando el recaudador es la violencia y cuando no se pagan mas deudas que las que acomodan. Para salir de apuros puede tambien contarse con los secuestros, las confiscaciones, los donativos voluntarios forzosos y las exacciones.

Vos, señor, que reináis por medio de las leyes, del orden y la justicia, que ni podéis, ni queréis buscar tesoros en las arbitrariedades, ni en la aflicción de vuestros vasallos, vos, que os reputáis dichoso en pagar deudas que no habeis contraído, deudas tanto menos obligatorias cuanto que fueron hechas para cerrar el camino del trono; Vos, señor, no habeis empleado al empuñar el cetro otros medios de agradar a vuestros pueblos mas que los que naturalmente nacen de vuestras virtudes. La bancarrota consumada ó proyectada no os ha parecido un sistema de hacienda digno de la Francia ni de vos. Suprimir en el acto una contribución por odiosa que la juzgarais, os ha parecido una liberalidad criminal; mas yo convengo en que para mantenerla era preciso todo el valor de un rey legítimo, cuyas paternales intenciones son conocidas y veneradas. Un usurpador no podia tomar una resolución tan noble, ni preferir al presente un porvenir que nunca llegará para él.

Lo que digo tocante al recurso de las futuras espoliaciones no es, señor, una conjetura mas ó menos probable. No me atrevería a hablar a V. M. sino en vista de documentos oficiales. Las espoliaciones están visiblemente anunciadas; los despojos del ciudadano están prometidos al soldado en el informe de la Legión de honor donde dice que se reemplazará por bienes situados en Francia una parte de los sueldos del ejército. ¿Qué bienes serán estos? Probablemente los viñedos de Burdeos, los olivares de Marsella, en una palabra, todos los bienes de los particulares y de las ciudades que habrán manifestado adhesión a la causa de los Borbones.

Señor, el artículo 66 de la Constitución dice: «Queda abolida la pena de confiscación de bienes y sin que pueda restablecerse en lo sucesivo.» De manera que V. M. despojada tanto tiempo hace de sus dominios por sus enemigos, no encuentra mejor medio de vengarse de ellos que la abolición del odioso principio de la confiscación de bienes. ¿Cuál de los gobiernos será el equitativo? ¿Cuál será el verdadero rey?

Habeis abolido la conscripción: creiais por lo tanto señor, haber librado de esa plaga para siempre a vuestro pueblo y al mundo. Bonaparte vuelve a producir la aunque bajo otra forma y con una denomi-

nación menos odiosa. El decreto relativo a la guardia nacional es lo mas terrible y monstruoso que la revolución ha dado a luz hasta el presente; encuéntrase ya designados 3,130 batallones a razón de 720 plazas cada uno, que formarán una fuerza efectiva de 2,253,600 hombres. Hay que advertir que hasta ahora no hay movilizados mas que 240 batallones, escogidos entre los cazadores y granaderos y representando un total de 72,800 hombres. No se cree aun bastante fuerte Bonaparte para poner en movimiento el resto; mas eso sucederá regularmente mediante la gran máquina del Campo de Mayo.

Esta inmensa redada coge a toda la población de Francia, y abarca lo que las masas y los decretos de quintas no pudieron abarcar. En 1793 la Convención no se atrevió a disponer mas que de siete años, es decir, de los hombres de diez y ocho hasta veinte y cinco años. Hoy queda extendido este plazo desde veinte a sesenta años. Reformados, no reformados, solteros, no solteros, de remplazo, no de remplazo, guardias de honor, voluntarios, todo ciudadano, por decirlo de una vez se encuentra envuelto en esa quinta universal. Bonaparte cansado de diezmar el pueblo francés, se decide a exterminarlo de un solo golpe. Créese que la policía con sus terrores obligará a inscribirse a todo ciudadano. No se han establecido los comités de reformas, sino como para nuevo insulto, y otro tanto puede decirse de las antiguas comisiones de la libertad de imprenta y libertad individual cerca del senado. Afortunadamente, señor, habrá hechos materiales é influencias morales que contribuirán a disminuir el peligro de ese desastroso sistema. En los arsenales de la nación quedan ya muy pocos fusiles, y a consecuencia de la invasión del año pasado han sido destruidas ó desmontadas muchas fábricas de armas. Podrían es verdad fraguarse picas para entregarlas por de pronto a la multitud; pero esta es un arma que ofrece pocos recursos y no queran sin duda renovar el decreto de la formación de compañías uniformadas con blusa azul, y gorro galo. Por lo que toca al arma aquella que en manos de los franceses suple a todas las demás, el valor, es bien seguro que los guardias nacionales no la esgrimirán contra V. M. Toda la fuerza moral de la Francia, todo el torrente de la opinión están en favor de su rey. En muchos departamentos no se formará la guardia nacional, ó por lo menos no llegará a organizarse y por último el paisanage oprimido por los militares no se dejará subyugar, si llega a empuñar las armas y Bonaparte en vez de fundir un pueblo que le aborrece en un ejército a quien seduce, perderá acaso una soldadesca desenfrenada en medio de una población que le es enemiga.

Para contrabalancear ese enorme decreto de muerte era de esperar alguna medida filantrópica. Esta es la razón porque Bonaparte al pedir la vida de dos millones de franceses, se conmueve por la suerte de los habitantes de Borgoña y Champaña. Es verdad que no estaria en su mano el indemnizar a las víctimas de su ambición, supuesto que no fue otra la causa que atrajo los extranjeros, por decirlo así, como de la mano desde las llanuras del Boristenes hasta las márgenes del Loira: es muy justo socorrer a los que uno ha hecho desgraciados. V. M. habia empleado en consolar las tristes víctimas del usurpador no la estéril ostentación de un charlatan de humanidad, sino la fecunda benevolencia de un padre. La religión se asoció a tan generosa empresa y volvió a despertar en todos los corazones dulces sentimientos de piedad. No era ciertamente cargando en una parte las contribuciones que se aligeraban en otra, como trató V. M. de socorrer al pueblo: el desgraciado no tenia que pagar contribución por el desgraciado, la humanidad no excluía la justicia.

Señor, vos edificasteis; Bonaparte ha destruido